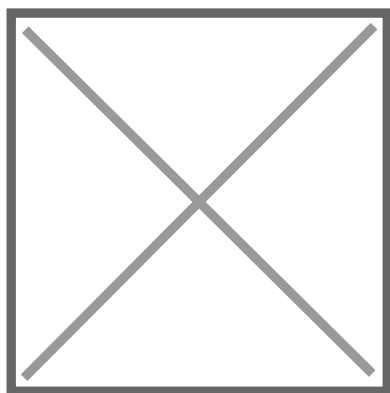




Mitologías nerudianas

Esse torrente poético que fue en vida Pablo Neruda, ciclópeo, gigantesco, ha hecho olvidar al hambre de carne y hueso, sencilla y con cierta socarronería surana, que se contradice con el aura distanciante que ha querido atribuírsele. El mismo se definió a menudo como "irreductiblemente provinciano, territorial, semisalvestre", ajeno a los Olímpos que divinizan al creador alejándolo de las necesarias multitudes. Y entre los numerosos mitos tejidos en su torno figura el del epicúreo que sólo había Pommeroy Gresso y no podía prescindir del foie-gras de Estrasburgo, en lo que hay mucho de secreto rencor o envidia. Neruda, en efecto, era capaz de degustar un buen vino o de celebrar un plato que fuera de su agrado, lo que puede comprobarse en sus libros "Comiendo en Hungría", por ejemplo, escrito en colaboración con Miguel Angel Asturias y especialmente en sus "Memorias", donde dedica páginas a describir las veladas en que con Amigos y Fiso Triolet probaron unas botellas de Mouton-Rothschild, o bien aquella vez en que con Ehrenburg consumieron parte de la cava que Coehhels se llevó de Francia... Sin embargo, lo que no significa que desdénara un pato o la laca o los "tripes à la mode de Chen", sus gustos eran más simples y se dirigían a los caldillos de conchito, a las sopas tan harto cilantro y a las viejas recetas de la "mamadre", allá en Temuco: "Como en todas las cosas, me costó volver a lo primitivo, al vigor, tras haber practicado la superación del gusto, saboreando el 'bouquet' formalista. Para igual con

el arte, se amonece con la Afrudita de Proxiteles y se queda uno a vivir con las estatuas de Oceanía".

En dos tres ocasiones me tocó presenciar la presunta "gula" de Neruda, que también suega su amiga Sara Vial, quien dice que le encantaban el color y el aspecto de ciertos guisos pero que a la hora de comerlos probaba lo justo y necesario. En una oportunidad, en "El Castillo", de calle Orampello, cerca ya de la medianoche, mientras todos pedían enormes bites a lo pobre o langanizas con puré picante, Neruda prefirió un ajíaco y ensalada chilena que acompañó con un par de vasos de pisco de la zona. En otra almuerzo, en el Mercado peruquista, en los puestos de mariscos, escogió -alabándolas- machas que allí cocinó en una ceremonia. En ningún caso se despachó medio chunchu a una fuente de chicharrones -como algunos aseguran-, injusta forma de troglodita que calza más con Pablo de Hohen, cuyo apetito era sí colosal.

Que no se sigan tejendo, entonces, aquellas historias que hablan de un Neruda que se enfermaba al no tener su brandy favorito en casa. No pasan de ser leyendas que, en el fondo, guardan un oculto resentimiento hacia el poeta que de los Losques de la Annuciania saltó al mundo y a la gloria y que seguirá viviendo cuando de muchos no queda ni el más leve recuerdo, ni siquiera el sombra.

Pacián Martínez E.

El Sur, Concepción, 25-IX-1986 p. 3

Mitologías nerudianas [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez E., Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mitologías nerudianas [artículo] Pacían Martínez E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile